

Arturo Torres Rioseco

## Décimas a la muerte de mi hermano Gustavo



LEGÓ el viento, y en el viento  
la voz de todos sabida,  
y en un silencio de herida  
se fijó el presentimiento.

Con una voz de lamento  
pedí esperanza de verte,  
pedí a mi Dios de tal suerte  
que en un sonámbulo estado  
miré tu rostro extasiado  
en vísperas de tu muerte.

Te sentí llegar tan quedo  
por debajo de la alfombra,  
sentí crujir en la sombra  
el esqueleto de un dedo;  
sentí que tu paso ledo  
se quedaba al fin inerte,

y me quedé de tal suerte  
que en un silencio absoluto  
sentí en un breve minuto  
la intensidad de tu muerte.

Estabas en el escaño  
como estatua de papel,  
en una actitud tan fiel  
que por fiel hacía daño;  
eras la sombra de antaño  
y así pude retenerte  
en mi interior de tal suerte  
que nada podrá tocarte,  
y lograré recobrarte  
de los brazos de la muerte.

¿Cómo irás por las oscuras  
regiones de lo ignorado?  
¿Cómo irás abandonado  
por las supremas alturas;  
si todas las criaturas  
se conduelen de tu suerte  
y quisieran retenerte  
junto a la selva florida  
que hay más allá de la vida  
y más acá de la muerte?

¡Ay, visión de oscuridad!  
¡Ay, sombra de cielo puro!  
Verdad que estaba maduro  
el fruto de tu heredad,  
pero va mi voluntad  
con un designio tan fuerte,  
atada a ti de tal suerte  
que en esta lucha sin par  
te lograré arrebatarse  
de los brazos de la muerte.

Y si fuera la fatal  
sentencia por Dios fallada  
que por esa encrucijada  
vaya tu sombra mortal,  
purificado de mal  
pueda mi amparo ofrecerte  
e ir contigo de tal suerte  
que por designio divino  
se nos ofrezca el camino  
que no transita la muerte.

El camino precursor  
de aquella tierra anhelada  
en que la huerta sellada  
nos ofrezca su frescor,  
en que no exista el pavor  
de que yo vuelva a perderte,

en que pueda poseerte  
con suprema plenitud  
sin que que nos cause inquietud  
el recuerdo de la muerte.

Allí contigo tendré  
lo que me vedó la ausencia;  
la continuada presencia  
de tu ser recobraré;  
allí contigo veré  
la manera de saberte  
integrado de tal suerte  
a esa indisoluble unión  
que empezó en la concepción  
y no terminó en la muerte.

Allí veremos los dos  
a nuestras sombras amadas,  
siendo ya recuperadas  
por la voluntad de Dios;  
allí escucharás la voz  
que mayor dulzura vierte,  
que supo reconocerte  
como al hijo lacerado,  
cuando ibas abandonado  
de la mano de la muerte.

En el lazo maternal  
volveré a hallarme contigo,  
en la cuerda del ombligo  
hallaremos la señal  
de que lo más esencial  
es la sangre que se vierte  
en ese designio fuerte  
con que Dios nos concibió  
y armas de fuego nos dió  
para triunfar de la muerte.

Abril de 1949.